

R. SÁNCHEZ MADRIGAL.

Dos Joyas de Salzillo

La Dolorosa.

El Ángel de la Oración.

~~~~~  
1.000  
~~~~~

Fotograbados de J. Furnells

MURCIA

Imp. y Papelería de la Vda. de J. Perelló.

1900

R. SÁNCHEZ MADRIGAL.

Dos Joyas de Salzillo

La Dolorosa.

El Ángel de la Oración.

1.000

Fotograbados de J. Furnells

MURCIA

Imp. y Papelería de la Vda. de J. Perelló.

1900

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su
permiso podrá reimprimirla en todo ó en parte.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

2387983



LA DOLOROSA DE SALZILLO

COMPOSICIÓN PREMIADA

CON LA FLOR NATURAL

(Primer premio)

en los Juegos Florales de 1877

EN MURCIA

LA DOLOROSA DE SALZILLO.

TRADICIÓN.

Á MI MADRE.

¿No se podrá dejar alta memoria
Sino con propias lágrimas regada?
En el sagrado alcázar de la gloria,
Sólo á la desventura dan entrada?

Lira que canta, corazón que gime.
No hay pensamiento grande que no sea
Hijo de un gran dolor. Dolor sublime
A los Homeros y Cervantes crea.
(Larmig.--Querellas del vate ciego)

I

Introducción.

De España en la zona ardiente,
Confín con Andalucía,
Que acarician blandamente
A la luz del Mediodia
Las olas del mar de Oriente;

En la morisca ciudad
Que entre bosques de verdura
Mira á sus piés al Segura
Resbalar con majestad
Para copiar su hermosura;

Joven, rico en fantasía,
Dando en sus creaciones brillo
A un arte que decaía,
Há más de un siglo vivía,
Gloria de España, Salzillo.

Cuna del gran escultor,
Dió Murcia á su altiva mente
Toda la vida y calor
Que de su sol esplendente
Vibra el rayo abrasador.

Y él, que de tanta victoria
Debió á sus dones la palma,
Le consagró en su memoria
Todos sus timbres de gloria,
Todo el amor de su alma.

Jamás cruzó los confines
De los murcianos vergeles,
Ni aspiró á más altos fines
Que á soñar con serafines
A sombra de sus laureles.

Siempre á su pátria leal
Que amó más que su renombre,
No dejó el suelo natal
Ni aun para esculpir su nombre
En el alcázar real.

Sólo en su genio fiando,
Camino abriéndose fué,
Por instinto adivinando
La luz del arte, y hallando
La inspiración en la fé.

Prez del siglo en que nació,
Cuando las artes se hundían
Su prestigio levantó;
Y audaz el vuelo llevó
Donde otros vió que subían.

Si él, á su entusiasmo fiel,
De Italia al suelo volara
Para contemplar en él
La magnificencia rara
De tanto ilustre cincel;

Si de aquel cielo algun dia
Viera los astros brillantes,
Sol de aquel cielo sería;
Que para empresas gigantes
Gigante aliento tenía:

Así el águila caudal
Que al éter se alza altanera
Templa el ardor natural
Si otra no mira rival
Subir á más alta esfera.

Pero aún viven de su gloria
A dar testimonio al mundo
Sus obras mil, que en la historia
Eterna harán la memoria
De su estro grande y fecundo.

Y áun, á su nombre, se siente
Ansia de cantar, inquieta,
Su gloria á la edad presente,
Y alta inspiración ardiente
Busca en su vida el poeta.

II.

Torturas del genio.

En su taller apartado,
De Mayo al mediar un día,
Salzillo está retirado,
Al parecer engolfado
En obra de gran valía;

Pues grave, y fruncido el ceño,
Todo su ser y atención
Fija con tenaz empeño
En bosquejar un diseño
Que absorbe su inspiración.

Rápido el lápiz correr
Se ve con seguro tino,
Dejando en sus trazos ver
El rostro puro y divino
De una angelical mujer.

Profundas penas la oprimen;
Y su beldad avaloran
Con la espresion que le imprimen,
Marchitos labios que gimen,
Dolientes ojos que lloran.

Hay tal magia, tal encanto
Hay en la dulce agonía
De su tranquilo quebranto,
Que por tierna simpatía
Mueve los ojos al llanto.

Mas emoción diferente
Su duelo causa al artista
Que ocultos enojos siente;
Pues ni serena la vista,
Ni desarruga la frente.

Conforme el relieve aumenta
De aquel semblante ideal,
Y á cada instante presenta
Un rasgo feliz que ostenta
Gusto, y mano magistral,

Salzillo cede al tormento
De incomprensibles pasiones;
Modérase su ardimiento,
Y se extiende el desaliento
Por sus pálidas facciones.

Quiere en divinal figura
Pintar el dolor prolijo
De la Madre-Virgen pura,
Al recorrer tras del Hijo
La Calle de la Amargura.

Y en ímprobo anhelo tanto,
Dar no puede en la espresión
Que preste unción, fervor santo,
A aquella explosión de llanto
Del maternal corazón.

Tenaz su mente la esconde;
Allí la siente y la crea;
Mas vanamente desea
Darle forma: no responde
La ejecución á la idea.

Él, que escuchó de la Fama
En los sublimes clamores
Su nombre, en son de loores,
Cuando su siglo lo aclama
Por prez de los escultores;

Él, que en la efigie de un santo
Y ferviente anacoreta
Débil de ayuno y quebranto
Apuró todo el encanto
De su gubia y su paleta;

Él, que la Gloria sin velo
Miró en éxtasis profundo,
Y, joya del patrio suelo,
Dejó una copia en el mundo
De los ángeles del cielo;

Él, que la escena sombría
Trazó del infame lazo
Del Huerto, en la noche umbría;
Y cuya alta fantasía,
De Pedro en el fuerte brazo

Halló ocasión de renombre,
Dando á su actitud sin nombre,
Al ir del sicario en pos,
Todo el vigor con que un hombre
Puede volver por su Dios;

De repente en su camino
Halla obstáculo fatal
Con que le advierte el destino
Que no le es dado al mortal
Salvar el linde divino.

Y en vano lucha y se afana
Con ruda y tenaz porfía
En aquella empresa vana,
Desde que abre la mañana
Hasta que se extingue el día:

Ante el sublime dolor
Con que sus virtudes sella
La Madre del Redentor,
Siempre impotente se estrella
El genio del escultor.

Siempre su rebelde mano
Subyuga adverso destino;
Y ante su influjo tirano,
Buscando un dolor divino
Encuentra un dolor humano;

Que es la imagen seductora
Que, de su ideal en pos,
Traza su mente creadora,
Siempre una mujer que llora,
Nunca la Madre de Dios.

Salzillo lo ve, y con pena
Al suelo inclina abatida
Aquella frente atrevida
De donde manó serena
Tanta inspiración y vida.

Vencido al verse, suspira;
Siente su derrota, y calla;
Mas sordamente batalla
En su corazón la ira,
Hasta que, imponente, estalla.

Álzase torvo y sombrío;
Y febril golpea su frente,
Cual si arrancarle con brío
Quisiera el arcano frío
Que niega á su afán vehemente.

De odio y furor poseido
Contempla su último ensayo
Sobre el que Dios no ha querido
Que baje el celeste rayo
Que hay en su mente escondido;

Y trémulo, y con violencia
Vuelve medroso el papel,
Cual si, del mundo en presencia,
Tuviera de su impotencia
Que avergonzarse ante él.

¡Infeliz! Con vacilante
Paso la estancia atraviesa;
Y ora se para jadeante,
Ora el cabello se mesa,
Ora se cubre el semblante.

Piensa que en humo trocado
Ya su renombre no existe,
Que el mundo vive engañado,
Y que le aplaude extasiado
Porque á sus luchas no asiste;

Y escucha en su detrimento
Zumbar ya con torpe saña
La voz de pregón que al viento
Da la envidia, á cuyo aliento
Su fresco laurel se empaña.

Luz de siniestra expresión
Brilla en su inquieta pupila;
Y siente, en ruda emoción,
Saltársele el corazón,
Y que su mente vacila.

Y acaso en las esculturas
Que por la estancia esparcidas
Ve cual extrañas figuras
Ante su paso surgidas
De las penumbras obscuras,

Finge sombras animadas
De adusto y torvo semblante,
Que le acosan despiadadas
Con burlonas carcajadas,
Ó con desdén insultante;

Y hasta, irritadas, mandar
Les oye, en su frenesí,
Que salga de aquel lugar
Que ha venido á profanar,
Profano del arte allí.

¡Horrendas y amargas horas!
¡Fiebre del genio violenta
Que entre ansias devoradoras
De glorias deslumbradoras
Su fuego sacro alimenta!

¿Qué importa que el mundo luego
Corone al genio de flores,
Si el mundo, á sus luchas ciego,
No ve que ese sacro fuego
Le cuesta tantos dolores?

¿Qué vale su aplauso ardiente,
Si condenado se siente
A ver cómo le calcina
Esa centella divina
Que Dios ha puesto en su frente?

¡Pobre artista! Tu aflicción
Devora, y tu amargo llanto,
Solo, en tu triste mansión!
Yo cantaré tu quebranto
Al par de tu inspiración.

Y el mundo sabrá que, atleta,
Con la adversidad luchando
Que nunca al génio sujeta,
Volviste á la lid inquieta
Nuevos alientos cobrando;

Que del corazón del hombre,
No existe, en el hondo abismo,
Lucha tan fiera y que asombre
Cual la que consigo mismo
Empeña por gloria y nombre.

III

El modelo.

Discreta, amante y hermosa,
Brillando de juventud
El sol en su faz dichosa,
Tiene Salzillo en su esposa
Amor, belleza y virtud.

Rendido ante su hermosura
Él la ama con ciego ardor,
Como á graciosa escultura,
En cuerpo y en alma hechura
De las manos del Criador.

Y ella, al ver cuánto enamora
Al que admiración inspira,
En él su ventura mira;
Y, amante esposo, le adora;
Insigne escultor, le admira.

Si él en su estudio se encierra
Y lucha con fe notoria
Por dejar de sí memoria
Que pura brille en la tierra
Con resplandores de gloria;

Ella, con tierno desvelo,
Solícita por llenar
Su alta misión en el suelo
De paz y de amor, en cielo
Convierte el modesto hogar.

A veces, salva el dintel
Del retiro del artista,
Y allí el golpe del cincel
Sigue con curiosa vista,
Y allí le acompaña fiel.

Alli, afable y cariñosa,
Plática dulce le ofrece;
Le anima, si desfallece;
Ó al verle triunfar, gozosa
Con su triunfo se envanece.

Él en su presencia siente
Que numen mayor le inflama;
Y anhelando, juntamente
Con el laurel de su frente
Eternizar á la que ama,

Galante el plan que medita
Llevando á la realidad,
Más de una imagen bendita
Llevó en sus rasgos escrita
La copia de su beldad.

Así los dos de la vida
Cruzando van el sendero,
Un alma de la otra asida,
Gustando el más verdadero
Placer que en la tierra anida.

Mas ¡ay! que á las veleidades
Sujetos de la fortuna,
Prueban—¡amargas verdades!—
Que no hay sol sin mancha alguna
Ni cielo sin tempestades.

Ha tiempo que ella en su esposo
—Perdida la paz—observa
Que algo oculta cuidadoso;
Él, que jamás receloso,
Nada á su afecto reserva.

Triste le ve y pensativo
Tornarse, y que cada día
Su buen natural se agría,
Con ella haciéndole esquivo
Su negra melancolía.

Si acaso con timidez,
De su alma saber intenta
Lo que le encubre un dobléz,
Se excusa con sencillez;
Si insiste más, se impacienta.

Retraído en su taller,
Sufriendo á solas consigo,
Gusta su pena esconder,
Y ni aun del mejor amigo
Consiente dejarse ver.

Ni ella, si á seguirle acierta,
Encuentra fácil la entrada;
Pues mirar la desconcierta
Que cuando llega á su puerta
La tiene siempre cerrada.

Y escucha uno y otro día
Por si razón puede hallar
A tan extraña manía;
Y no le oye trabajar
En todo el tiempo que espía.

Sólo en alguna ocasión
Escuchó con emoción
Sus pasos desconcertados,
Ó entre suspiros ahogados
Una sorda imprecación.

Y una y otra conjetura
Hace y desecha enseguida,
Sin que halle en su desventura
Luz en la tiniebla obscura
Do va su razón perdida.

Y aunque con santa prudencia
Jamás deja traslucir
De su dolor la violencia,
Y de su esposo en presencia
Se esfuerza por sonreír,

Bien se ve que marchitada
Su faz perdió el arrebol,
Como una flor delicada
Que se mantiene apartada
De las caricias del sol.

Por eso cuando al mediar
De Mayo el tranquilo día
En que Salzillo porfía
Locamente por hallar
El triunfo que tanto ansía,

Viendo que en salir se tarda
Donde preparada está
La mesa que ya le aguarda,
Y aunque el temor la acobarda
Por fin á avisarle vá,

Detiene medrosa el paso,
Y un punto vacila incierta
Junto á la entornada puerta
Que aquella vez por acaso
Dejó el escultor abierta.

Y serena, y sonriente,
Venciendo su turbación,
Se aparece de repente
Y le invita dulcemente
A dejar su ocupación.

Alzó Salzillo los ojos
En faz de sorpresa y susto;
Y ya con hondo disgusto
Iba á expresar los enojos
De su corazón, injusto,

Cuando por su pensamiento
Cruzó candente una idea
Que endulzó por un momento
Aquel cáliz de tormento
Que pronto apurar desea.

Vacila... Es un acto aleve.
Temblando sus fuerzas mide;
Mas la gloria es quien le mueve,
Su orgullo quien se lo pide,
Y á cometerlo se atreve.

Y en entrecortado acento
Que bien su ficción esconde,
Como el que expresa el tormento
De un amargo sufrimiento,
Así á su esposa responde:—

» Bien es que afecte, señora,
» Paz y amor en el semblante,
» La que se tornó, en mal hora,
» De cándida esposa amante
» En torpe mujer traidora;

» La que faltando á la fe
» Jurada al pié del altar,
» Tan pronto olvidó que fué
» La inspiración que adoré
» Con santo culto en mi hogar.

» No os defendais, es en vano..
» Tras ese ademán altivo
» Y ese desdén soberano,
» Más claramente percibo
» Vuestro proceder liviano.

» Ha tiempo que sé mi afrenta,
» Há tiempo que en la agonía
» Que el corazón atormenta,
» Por siglos mi dolor cuenta
» Las horas que tiene el día.

» Dudé.... esperé.... —¡pena ruda!—
» ¡Necesitaba dudar!
» Mas con misteriosa ayuda
» Las pruebas vine á encontrar,
» Y ya no existe la duda.

» ¿Me ultrajais! ¡Bien! No me quejo.
» ¿Para qué este oprobio más?
» Al contrario, libre os dejo;
» Porque de Murcia me alejo
» Para no volver jamás.

» Iré... ¿quien sabe?... á otra parte
» Do ignoren mi deshonor.
» Allí ahogaré sin dolor
» Vuestro recuerdo, y el arte
» Será ya mi único amor.

Mortal, sin voz, sin aliento,
Como aquel que de repente
Viera en raudo movimiento
Desplomarse el firmamento
Sobre su espantada frente;

Dudando si lo que ha oído
Y tanto su honor mancilla,
Triste realidad ha sido
Ó puro engaño fingido
En horrible pesadilla;

Quedó la infeliz esposa
Que, en su turbación, no alcanza
Cómo volver presurosa
Contra la calumnia odiosa
Que sobre su honor se lanza.

Mas, repuesta, y cuando siente
Ascender la llama viva
De tal ultraje á su frente,
Se irguió indignada y valiente;
Que era noble y era altiva.

Probó en su defensa á hablar;
Mas conoció ser tan vano
Como querer contrastar
Con solo el esfuerzo humano
Las iras del hondo mar;

Que hay en el semblante airado
De aquel esposo que acusa,
El designio concentrado
Del que, en su razón fiado,
Toda explicación rehusa.

Recela una infcua trama;
Y al fin se rinde llorosa,
Venciendo en su alma angustiosa
Del pundonor de la dama
El corazón de la esposa.

Y con expirante anhelo,
Absuelta ya en su conciencia,
Alzó los ojos al cielo,
En busca del que es consuelo
Y amparo de la inocencia.

¿Qué podrá, débil mujer,
Sola, en la aflicción presente,
Si su honor al defender
Protesta que es inocente
Y no la quieren creer?

Callar, volver al Señor
Su rostro en llanto bañado
Y en religioso fervor,
Triste, sin color, ajado,
Más hermoso en su dolor.

Dolor que éxtasis parece;
Que á Dios hace sonreír;
Porque en sus arás lo ofrece
El que inocente padece
Y se resigna á sufrir.

Así, en mística apostura,
Cual modelada escultura,
Halló alívio en la plegaria
Que de su alma solitaria
Voló del cielo á la altura.

Y cuando el rezo acababa
Y al suelo bajó los ojos
Que un mar de llanto inundaba,
Absorta vió que de hinojos
Salzillo á sus piés lloraba.—

» ¡Perdón!—la dijo— ¡Perdón,
» Mi bien, sí, traidor y osado,
» Con funesta obcecación,
» La dulce paz he turbado
» De tu hermoso corazón!

» Yo anhelaba noche y día
» Mirar un dolor presente
» Para el dolor de María,
» Que fijo y claro en mi mente,
» Siempre ante mi mano huía.

» ¡Qué amargas horas pasé!
» Confuso y avergonzado,
» Ni aún á tí te confié
» Cómo mi orgullo humillado
» Hizo vacilar mi fé.

» Tú el suspirado modelo
» Brindaste á mi inspiración;
» Y, á ver cumplido mi anhelo,
» Pude remontarme al cielo
» En alas de mi ambición.

» ¡Ven! ¡Contempla ese portento!
» —No me ciega el frenesí
» Que ante su belleza siento:
» La virgen en su tormento
» Debió de llorar así.

Y el diseño le mostraba
Donde con febril ardor,
Y ante el dolor que buscaba,
Trazó mientras ella oraba
Los rasgos de aquel dolor.

» ¡Cálmate pues! ¡Más no llores!
» Tu llanto mi gloria abona;
» Porque á premiar tus dolores,
» Será, cayendo en sus flores,
» Las perlas de mi corona.

» Mas ¿qué fatal extravío
» Así mi razón domina,
» Que aplaudo mi ardid impío
» Porque el pensamiento mío
» Humo de gloria fascina?

» ¡Desprecia al hombre cruel
» Que con meditada calma
» Y sólo á su orgullo fiel,
» Ganó, torturando un alma,
» A su corona un laurel!

» ¡Vana corona ilusoria!
» ¡Red de esperanzas divinas
» Que, en prenda de alta memoria,
» Entre laureles de gloria
» Ciñes punzantes espinas!

» No iré más con ansia loca
» Tras sus laureles de hinojos,
» Si han de arrancar sus abrojos
» Un suspiro de tu boca
» Ó una lágrima á tus ojos;

» Que de laurel más fecundo
» Otra corona no ansío
» Para mi gloria en el mundo
» Que la del amor profundo
» Que unió tu ser con el mio,

Y á su rigor inhumano
Pidiendo olvido clemente,
La atrajo á sí dulcemente,
Y un beso estampó en su mano,
Otro en su pálida frente.

Y ella, trocando en gozoso
El llanto de su tristeza,
Y ansiando dicha y reposo,
Sobre el hombro de su esposo
Dobló la gentil cabeza.

IV

Conclusión

Un mes aún no se cumplía,
Y Murcia entera admiraba
En la imágen de María,
Del cincel que la creaba
La brillante fantasía.

Y pasa una y otra edad;
Y al contemplar los primores
De esa doliente beldad,
Lauros al artista y flores
Rinde la posteridad.

Y cuando apenas al mundo
Que loco y febril se ajita,
Las horas en que medita
Con el misterio profundo
De su redención bendita;

Y en tanta ilustre creación
Que en pasmosa profusión
La prez de Salzillo ostenta,
Ante el pueblo se presenta
El drama de la Pasión;

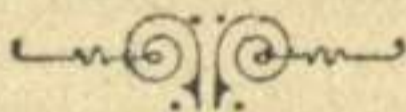
Cuando á esa madre se ve
A quien la pena sofoca
Llegar del calvario al pié,
Y la memoria se evoca
De cómo inspirada fué;

A la fúnebre armonía
Que acompaña su dolor,
Llora allí toda alma pía
Con el dolor de María
Y el del insigne escultor.

NOTA. La tradición de la Dolorosa de Salzillo refiérese en Murcia con extremada variedad. Quién supone que Salzillo, para inspirarse en su obra, amenazó la muerte á una de sus hijas; quién que la hizo creer que un entierro que pasaba por su casa era el

de su prometido; quién, por último, que la acusó de haber manchado su pureza.

El autor del presente trabajo literario ha respetado en él el fondo de la tradición, adoptando la última de las versiones antes citadas, que es la que corre más válida entre el pueblo; si bien sustituyendo á la hija la esposa de Salzillo, por creer que de este modo resultaría la acción más verosímil y dramática.



En un principio, para dar origen a la obra de
 haberse publicado en forma de libro.
 El autor del presente trabajo, en virtud
 de su cargo de profesor de la materia de
 historia de las ciencias, tuvo a la vez
 que preparar un curso de historia de las ciencias
 para sus alumnos, y en consecuencia, se
 reunió a la vez la materia de la obra, por lo que
 no era necesario recurrir a otros libros y
 documentos.

EL ÁNGEL DE LA ORACIÓN

Poesía leída por su autor en la solemne Velada Artístico-Literaria celebrada en el Casino de Murcia en la noche del día 3 de Marzo de 1883, con motivo de las fiestas del

Centenario de Salzillo.



EL ÁNGEL DE LA ORACIÓN DEL HUERTO

A mi querido amigo

DON JOSÉ ELGUETA

En la falda del Gólgota eminente,
y en la nocturna obscuridad sumida,
con la fiebre del crimen que presente,
inquieta duerme la ciudad deicida.

Toca á su fin el sacrosanto drama
en que el amor divino nos redime,
y ya Jesús en su ferviente llama
se abrasa el pecho, y, abrasado, gime.

Gethsemaní de la sublime escena
es silencioso y único testigo.
¡Noche de amor y de misterios llena:
hijo fiel de la Cruz, yo te bendigo!

No bastó de mis ojos á borrarle
de veinte siglos la espesada sombra;
al fondo de esos siglos bajó el Arte,
y en él revives con verdad que asombra.

¡Gloria al artista! Ved. Bajo un olivo
que seco y duro pedregal sombrea,
el cuadro surge palpitante y vivo
que en tristes horas afrentó á Judea.

Duerme Pedro con sueño receloso,
grave la faz y contraído el ceño;
duermé Santiago con total reposo,
y es de dulce candor de Juan el sueño.

Sólo vela el Señor. Suspensa y muda
póstrase y calla la Creación entera;
que habla así de Jesús la pena ruda,
y le oye el Padre desde la alta esfera:—

«Pase de mí este cáliz, Padre mío,
»cuyo ingrato sabor no tiene nombre;
»pues lo ha colmado en su delirio impío
»de amarga hiel la ingratitud del hombre.

«Pero si es mi martirio necesario,
»si el temor de morir mi labio mueve,
»yo resignado subiré al Calvario
»mañana entre los gritos de la plebe.»—

Y en su flaqueza corporal le aterra
su fin cercano y la maldad humana;
los ve, los pesa; y desplomado en tierra,
!sudor de sangre de su cuerpo mana!

¿Y solo se ha de hallar en duelo tanto?
¿No habrá algún lenitivo á su amargura?
¿Es que á tanto clamor de tal quebranto
tenaz silencio guardará la altura?

No; que rasgando de la azul cortina,
que oculta á Dios, el pabellón inmenso,
desciende un Ángel de beldad divina,
huella dejando de fragante incienso.

¡Con qué noble ademán del bello brazo
muestra el cáliz que cerca se aparece!
¡Con qué solicitud en su regazo
sostiene al Redentor que desfallece!

¡Ah! mirad cuán airoso se presenta,
desceñido el cendal; la gallardía
con que en su bella desnudez ostenta
de eterna juventud la lozanía.

Sus formas de suavísima elegancia
tan indecisas son, tan ideales,
que tienen del mancebo la arrogancia
y las castas turgencias virginales.

No con las rosas místicas del cielo
su cuerpo alabastrino se colora:
sobre él tendió el dolor pálido velo;
pero es su palidez... ¡la de la aurora!

Rubia guedeja coronar se mira
la serena extensión de su ancha frente,
y su pecho parece que aún aspira
de la etérea región el libre ambiente.

Sus ojos.. ¡Ah! ¿Quién sonda su mirada
que allá en la azul inmensidad se anega?
En ella la tristeza reflejada
se 'pinta con que Dios su amparo niega.

Y con las alas recamadas de oro
cubre á Jesús como al hijuelo el ave,
en las que de color dejó un tesoro
el Iris preso en su plumón süave.

¡Celeste aparición encantadora!
¿Quién en tu vaguedad no se extasía
admirando la fuerza creadora
de la más exaltada fantasía!

Puede el hombre en los senos de su mente
imaginar al macerado asceta,
al apóstol, al mártir sonriente;
porque el humano ser los interpreta.

¡Hasta á María, cuyos ojos hieren
los tormentos del Hijo en quien adoran:
hay tantos hijos que inocentes mueren
y tantas madres que á sus hijos lloran!

Más tener tal visión, acariciarla
dentro del alma con ardor fecundo,
darle forma y color, y al fin mostrarla
llena de vida al asombrado mundo,

Es la linde salvar del pensamiento,
ver del Empíreo el refulgente brillo,
llamarse entre los hombres un portento,
es sentirse escultor, y ser Salzillo.

Y no tan sólo la atacción del Arte
de que eres á la par modelo y palma:
impúlsanme también, para cantarte,
recónditos misterios de mi alma.

No lo son para tí. Desde que niño
te presté adoración en mi memoria,
que perfumada está con tu cariño
del corazón la accidentada historia.

¡Cuántas noches, sufriendo los terrores
con que el miedo infantil nos acobarda,
junto á mí te miraba entre esplendores
si al Ángel invocaba de mi Guarda!

Lejos, luego, del valle delicioso
que hoy te cubre de flores y laureles,
alentaste mi paso tembloroso
al trasponer del mundo los dinteles.

Presintiendo el amor, sus bellas flores
quise brotasen á tu influjo amigo,
dando al ángel ideal de mis amores
bajo tus alas protector abrigo.

Creí, sufrí, lloré; y en esas horas
en que, por negras dudas combatida,
mira el alma doquier sombras traidoras
y amaga acaso maldecir la vida;

En medio de mi loco desconcierto,
cariñoso á mi lado te he sentido,
he recordado la Oración del Huerto,
y, como allí á Jesús, me has sostenido;

Que el ángel eres tú que al alma esclava
el límite señala con fijeza
donde la muerte del vivir acaba,
donde la vida del morir empieza.

Emanación del cielo peregrina,
cuanto emana de tí nos fortalece;
abismo á que te asomas, se ilumina;
conciencia en que penetras, se engrandece.

Tú inspiraste á Salzillo, tú le diste
valor y fuerzas en el trance duro
do abandonar nuestra morada triste
para volar al inmortal seguro.

Tú, con rápido vuelo, á las alturas
elevaste su espíritu cristiano,
d animadas verá las esculturas
que aqui labrara su fecunda mano.

Y tú inspiras á Murcia este homenaje
á que entusiasta y sin valer acudo;
pues en mi pequeñez tan sólo traje
la humilde ofrenda de mi canto rudo.

¡Salzillo: duerme en paz! Pronto tu nombre,
por la ancha redondez que el sol alumbra
tan alto sonará, que al mundo asombre
dónde el aplauso universal lo encumbra.

Y siempre fresco tu laurel, sus galas
guardará enalteciendo tu memoria,
mientras con tanto honor bajo sus alas
cobije *!El Ángel!* tu blasón de gloria.



UNA PESETA